

EDITORIAL: UNA REFLEXIÓN A ORILLAS DEL MAR INTERIOR

CARLOS BARÓN ARTEAGA

Quinchaino y Profesor de Historia y Geografía

Vivir en un territorio insular como el archipiélago de Quinchao es habitar la tranquilidad: convivir con el sonido del mar, la flora, la fauna, las costumbres, las tradiciones y la cultura de esta tierra bella, habitada ya desde hace bastantes siglos, desde los pueblos originarios, pasando por la vida colonial hasta formar parte del estado chileno.

Recientemente, en un encuentro de profesores realizado en un sector rural de la comuna, al avanzar hacia un mirador, pude observar un par de embarcaciones envueltas en el mar, navegando por el archipiélago, probablemente por razones laborales. En ese momento pensé cuán grata debe ser la experiencia de aquella persona que recorre los canales de nuestro mar interior. Quizá, al concentrarse solo en su trabajo, el patrón de la embarcación no alcanza a apreciar lo que lo rodea. Y ese puede ser el problema que no solo enfrenta quien lleva el timón, sino que se ha ido extendiendo entre muchos chilotas de la sociedad actual.

La insularidad, en mis ojos, es un privilegio. Es convivir en una dualidad única, donde el mar y la tierra forman un solo cuerpo y no se distingue el límite de esa frontera. Si el pueblo mapuche puede definirse como gente de la tierra, Chiloé integra a esa ecuación otro factor: el mar, con sus olas y temporales que azotan nuestras costas y

nos recuerdan de dónde venimos y cómo se ha forjado la historia de nuestros habitantes.

Gracias al mar nos movemos. Hemos navegado en dalcas, chalupas a vela, vapores y las actuales lanchas modernas. El mar también nos permite encontrar nuestro sustento y llevar a nuestras familias los recursos abundantes de nuestras playas. También nos permite la posibilidad de visitar a nuestros santos y continuar con la fe que dejaron los españoles, cimentada con fuerza en las misiones circulares.

Entre el siglo XIX y principios del XX el mar también nos permitió navegar grandes distancias, en bodegas de barcos con malas condiciones, para ir a la Patagonia chilena y argentina en busca de recursos económicos y de un sustento que no existía en nuestro archipiélago en los tiempos del fogón, producto del abandono del estado, quizá como castigo por los que dice nuestro himno al recordar que fuimos el último bastión realista de Sudamérica, pero volviendo a la idea quizá hoy, Magallanes no sería esa región próspera y venturosa si no fuera por el arduo trabajo que durante años, realizaron mis coterráneos en el extremo sur soportando maltratos y grandes sacrificios, el más grande de todos, las familias que quedaban sin padre de familia por largos períodos de tiempo.

La insularidad no es solo una condición geográfica: es una forma de mirar el mundo, de relacionarse con los otros y con la naturaleza. Es ser parte de ella, observarla con respeto y cuidado, nuestro territorio por años ha sabido mantenerse resiliente, guardando importantes historias que contar y situaciones de las cuales el chilote debe sentirse orgulloso y aceptando con honor su sitio de sacrificio en virtud el bienestar de otras regiones del país.

El 19 de enero de 2026 se cumplen 200 años del Tratado de Tantauco y la anexión de nuestro territorio a la República, y pienso que es el momento ideal de hacer una reflexión sobre nuestro archipiélago en general y sobre cómo lo proyectamos hacia el futuro de manera adecuada y sostenible.

En los siguientes artículos, realizados por estudiantes de la Universidad de Los Lagos y basados en el archipiélago de Quinchao, se exponen diferentes problemáticas que aquejan a nuestras islas y que deben ser reflexionadas de forma consciente, para no ceder por completo a la globalización del mundo y mantener nuestra identidad, por difícil que sea la tarea.

Los desafíos por superar son múltiples y diversos. Entre los más complejos están recuperar el arraigo al territorio y combatir los efectos de la migración externa e interna, respetar la integridad de nuestra naturaleza y lograr una armonía entre el progreso y el buen vivir de nuestra gente, educar a jóvenes conscientes de lo que son y de cómo pueden contribuir al territorio, dando utilidad a sus talentos y habilidades, para sacar provecho de una geografía que interviene, inevitablemente, en nuestra forma de ser y que nos alegra que así sea.

Quinchao es lugar de estudio de estos artículos y es una zona en donde, para desplazarse a cualquier punto del archipiélago, de manera obligada se debe pasar antes por el mar o rodear las carreteras que corren frente a él y su inmensidad. Lo que vemos en nuestras costas en el presente son radiografías que explican muy rápidamente que habitamos un territorio con una herida, y que debe buscar en sus habitantes la cura o el remedio para poder sanar.

Nuestra herida se manifiesta en la contaminación de nuestras costas,

producto de la industria salmonera y chorera; también en el poco cuidado que muestra parte de nuestra población hacia ellas. Se refleja en el desapego al territorio, generado por la migración obligada, tanto interna como externa; en la pérdida de biodiversidad y en las especies que poco a poco nos abandonan; en la educación que no pretende construir lazos con lo que nos rodea, ni con las tradiciones, cultura e historia de nuestros antepasados, en el cambio climático, que intenta abrirnos los ojos con sus bruscos contrastes y temperaturas extremas que antes no conocíamos. Y cada una de estas situaciones son síntomas que debemos atender con urgencia e intentar subsanar. La pregunta que nos hacemos ahora es cuál es el camino a seguir: hacia dónde debemos avanzar, qué ruta puede brindarnos la posibilidad de mantener una relación correcta entre población y territorio, propiciando un buen vivir tanto para nosotros como para la tierra que nos abriga.

Las respuestas no las encontraremos en la inmediatez. Por eso, es importante que trabajos como los que se presentan en esta revista sirvan para invitar a la lectura y a la reflexión de las ideas aquí expuestas. Que sean también un incentivo para mirar retrospectivamente nuestra historia y nuestra geografía, y reconocer los errores que nos han llevado a las actuales condiciones de vida del archipiélago

Estas reflexiones nos van a permitir crear verdaderas hojas de ruta que nos ayuden a cuidar lo que hoy tenemos, lo que nos identifica como habitantes de Chiloé y lo que queremos preservar para las nuevas generaciones.

La invitación a los(as) lectores(as) de esta revista es a territorializar cada tema que aquí se expone, a no apartar las letras del espacio en donde se redactan. No podemos entender las relaciones humanas sin adentrarnos en la geografía que las

contiene, las abraza y también protagoniza cada acontecimiento que la historia cuenta.

Es alentador ver estudiantes conscientes, con capacidad de análisis sobre las experiencias que los rodean y sensibilidad para detectar las problemáticas socioambientales que hoy aquejan a la humanidad. El desafío para nosotros(as), como docentes, es que estas habilidades no solo se desarrollen en la universidad, sino que se expandan a todos los niveles educativos.

Una canción de un prestigioso grupo musical de Chiloé contiene la potente frase “*Chiloé pa’ los chilotes*”. Sin embargo, nuestra gente está lejos de ser discriminadora con quienes vienen de otro lugar. Por eso, toda persona que habite, visite o quiera establecerse en nuestras tierras debe contribuir a enriquecer este lindo terruño: respetar su biodiversidad y aprender de ella, cuidar y racionalizar los recursos, y ejercer una crítica responsable frente a todo aquel que atente contra nuestro archipiélago solo así lograremos el bienestar para cada niño(a), joven o adulto(a) que habite este hermoso espacio que la naturaleza eligió para brindarnos como hogar.